

Tiempo después

José Luis Cuerda

ÍNDICE

I 9

Como ya se sabe, no es raro que unos días amanezca y otros no.

II 17

José María, que va a cumplir pronto los cuarenta, es robusto y probablemente virgen.

III 21

El rey tiene el aire marcadamente transitorio e inconfundible de ser hijo adulterino de un padre rey infeliz.

IV 23

Méndez es una muchacha muy atractiva. Parece que nació, sonrío, se nutre, se viste y se desnuda aposta.

V 27

Suena en el arrabal desde hace setecientos veinticuatro años, cuando reinaba Serafín el Bobo y fue declarado patrimonio universal de la pobreza, un inolvidable quejío flamenco.

VI 33

Pastrana regenta un humilde bar de pueblo en el edificio mundial. Tiene retratos cubistas de picasso en las paredes, son originales, y se afirma que los pintó allí una vez muerto.

VII 47

La vida es la hostia. Una joven canta la «Casta diva».

VIII 51

—Eso es... así... no, baja un poco la mano... Ahí está bien. Y dale vueltas alrededor del centro... Trabaja el pezón...

IX 57

La vida también puede ser la rehostia. El salón del trono está de bote en bote.

X 63

Las constelaciones han hecho lo que tengan por costumbre para llegar al indeciso amanecer y Justo, en su dormitorio, duerme.

XI 75

A las afueras del poblado de chabolas José María y Galbarriato, sentados en dos piedras, se comen un pollo.

XII 89

A baja altura, un sudamericano sobrevuela, con los brazos abiertos y simulando con su boca el ruido de los motores de un avión, una zona del poblado de pobres.

XIII 97

Horas después, canta un gallo. Y luego, otro. Y otro.

XIV III

Como capitán a proa contra las olas del secular sistema genocida y humillante.

XV II9

Familias enteras de parados recogen sus pobres pertrechos y, en improvisadas carretas, emprenden la marcha para intentar la reconquista del Mundo.

XVI I29

Ha pasado algún tiempo, aunque por escrito es difícil precisar cuánto.

I

COMO YA SE SABE, NO ES RARO QUE UNOS DÍAS AMANEZCA Y OTROS NO. Se ha llegado al año 9177 tan a trancas y barrancas, que no es poco que, al menos tres o cuatro días a la semana, haya gente viva en el mundo y salga el sol, aunque sea por donde le dé la gana.

Hoy ha amanecido. Y hay gente. Además, por si esto no fuera suficiente, se escucha el canto de numerosas especies de aves. Como si estuviéramos en medio de un bosque en primavera en vez de enfrente del solitario Edificio Mundial, un rascacielos como los que describían los historiadores de la arquitectura del siglo xx, totalmente aislado y sin vegetación alguna que lo acompañe en el paisaje. El canto de los pájaros no se sabe de dónde procede, pero se oye. Y también se escucha el lamento agonizante de un saxo tenor. Es posible que pajarería y soplo de saxo tenor estén grabados y se emitan por altavoces o que sean un eco secular que va y viene, va y viene, va y viene, va y viene. No se sabe.

En el Edificio Mundial, o Gran Artificio, habitan los Sedicentes Necesarios. O sea, una pareja de la Guardia Civil, un almirante argentino y tres marinos, dos barberos en ejercicio y uno renuente, el rey, el alcalde, su secretaria, el conserje mundial y una mínima población para que los que mandan puedan ejercer su poder con alguna base.

De una puerta situada, como otras veinte idénticas, a un lado y a otro de un largo pasillo alfombrado —como los de los hoteles o

los de los edificios de apartamentos— salen ahora, ahí están, don Alfonso y Morris. Los dos llevan el tricornio y el capote característicos de la Guardia Civil.

Don Alfonso, que es general, habla en perfecto castellano con un tono a veces repolludo y a veces castizote; también camina con las piernas un poco abiertas, como si su potra le obligara a ello o porque le gusta. Morris, que es guardia llano, de los llamados secularmente números de la Guardia Civil, habla un inglés corrupto y descuajeringado, que aquí, en sus diálogos, se traduce como se puede, y que procede del imperial británico, no confundir con el Estilo Imperio, napoleónico y soso, útil para sofás y camas y que, siglos después, fue aniquilado por el pasotismo, considerado por algunos una superación del racionalismo, el existencialismo, el krausismo, el budismo y el karaoke tal y como se entendía por sus fundadores.

El general don Alfonso, él es así de campechano en estas cosas tan insignificantes, ha dejado que Morris salga de la habitación-cuartel antes que él. Cuando los dos están fuera, el general cierra la puerta con llave, se persigna y anima al guardia a iniciar la patrulla:

—Hale, vamos.

Cada uno se coloca a un lado del pasillo del mundo y comienzan la ronda.

Encima de las puertas, todas cerradas, hay letreros, todos idénticos, que identifican el negocio o institución que guardan. Así, sobre la del cuartel de la Guardia Civil, hay uno, con la bandera rojigualda de la España secular, que afirma impertérrito: «Cuartel de la Guardia Civil - Todo por la Patria Universal». En otros se lee: «Barbería de Justo», «Barbería de Agustín» y, en otros, «Pollos y huevos». De cada uno de estos negocios hay tres establecimientos en puertas contiguas o enfrentadas, y de instituciones como la Guardia Civil solo hay una puerta, pero también hay dentro del

II

JOSÉ MARÍA, QUE VA A CUMPLIR PRONTO LOS CUARENTA, ES ROBUSTO Y PROBABLEMENTE VIRGEN. SUS PRIETAS CARNES PARECEN PERFECTAMENTE FUNDAMENTADAS EN HUESOS PÉTREOS. TIENE AIRE VOLUNTARIO. EMPUJA UN CARRITO DE HELADOS Y ENTRA EN EL EDIFICIO MUNDIAL. SE DIRÍA AL VERLO QUE NO LE DEBE NADA A NADIE.

Una vez dentro, José María va hacia los ascensores.

El conserje mundial, Eufemiano, se lo impide.

—¿A dónde vas?

Lo ha preguntado de manera autoritaria, como si al ganar la plaza de conserje en disputado concurso-oposición hubiera adquirido derechos colaterales significativos en el trato con los demás individuos de la especie.

—Arriba —responde el robusto José María.

—¿A qué piso?

—A lo más alto. Bueno, a lo más alto y luego voy bajando. Es que vengo a vender limonada.

—Y una mierda, vas a vender tú. Hale, a la calle.

Eufemiano va a empujar a José María, pero José María se enfrenta a él violentamente. O, dicho de otra manera, con modélico y ajustado empleo del sentir popular:

—A mí no me toques, que te mato, ¿eh? Que yo te degüello, so pringao.

III

EL REY TIENE EL AIRE MARCADAMENTE TRANSITORIO E INCONFUNDIBLE DE SER HIJO ADULTERINO DE UN PADRE REY INFELIZ. Y se nota. Su madre pudo ser cualquier turista. Peina el pelo planchado con gomina y habla con varios acentos distintos —privilegio real— y es enredador, tramposo y prolijo.

A pesar de lo cual, y al ser la primera vez que aparece en esta narración, se opta por dedicarle un capítulo, en el que se han omitido algunas de sus más llamativas características como la dilatación espontánea e *in crescendo* de sus esfínteres o su devoción por el garrote vil.

La bandera rojigualda de España, en cuyo centro está bordado por un lado el escudo de los Estados Unidos de Norteamérica y, por el otro, el de China, preside el salón del trono.

Asisten a la audiencia real, de rodillas, el guardia civil Morris, los dos policías municipales Arriondas y Pozueco, el conserje, Eufemiano, y Pacheco y Florián, los dos marinos que completan la guarnición del arma de Marina. El almirante y el general lo hacen de pie y el alcalde escucha al monarca con la cabeza gacha.

—... Y que no tenga que repetirlo: las cosas de la política las solucionas tú, alcalde, que para eso eres el único cargo electo, coño. Y me dejas tranquilos a los militares, que bastante tienen con lo que tienen... Te creerás que es tan sencillo mantener siempre la disciplina, ir de uniforme, acatar órdenes absurdas, tener una visión de

IV

MÉNDEZ ES UNA MUCHACHA MUY ATRACTIVA. PARECE QUE NACIÓ, SONRÍE, SE NUTRE, SE VISTE Y SE DESNUDA APOSTA. Pasea ahora, como si fuera una modelo, ante los ojos inquisitivos de José María el Robusto. Eufemiano, el conserje, que ocupa su puesto tras el mostradorcillo que preside la entrada del Edificio Mundial, observa con fingida indiferencia.

Después de que la muchacha haya hecho dos o tres viajes ante las narices de José María, se interesa por ella. Le dice a Eufemiano. En voz baja:

—Y esta muchacha ¿quién es?

—La secretaria del alcalde.

—¿Y por qué se pasea así?

—Porque se lo ha dicho su jefe.

—¿Le ha dicho el alcalde que se pasee así?

—Cállate ya y mírala.

José María sigue las evoluciones de Méndez, la secretaria. Y ella le sonrío. José María baja más la voz:

—Y, ¿por qué me sonrío?

—Joder, qué preguntón eres. Porque también se lo ha dicho el alcalde.

Antes de que José María vuelva a preguntarle: